

TEMAS DE REFLEXIÓN

JULIO

APRENDER A MEDITAR CON D. LUIS DE TRELLES

Don Luis de Trelles en su revista *La Lámpara del Santuario* nos ofrece numerosos ejemplos prácticos de lo que era su modo habitual personal de meditación o lectura meditativa. Os selecciono el nº 22 de los prospectos, publicados en el libro Luis de Trelles Noguerol LA LUZ, SÍMBOLO DE CRISTO Prospectos de "La Lámpara del Santuario" (1870-1891). El hecho de que aparezca publicado como un artículo de la revista no puede ocultar que está plasmando en su escrito lo que en silencio ha inspirado en su interior la contemplación ante el Sagrario de un objeto aparentemente inerte y que de pronto se convierte en imagen o alegoría de un adorador nocturno. Mi actitud ante el Señor debe ser como la humilde lamparilla que advierte a los demás de la presencia real del Señor.

Si me permitís decirlo así, don Luis hace una lectura meditativa de un objeto, no de un libro. Todo sirve si ese todo me lleva hacia el

Señor. La lámpara es un artilugio que no tiene otro fin que el de producir la llanita de la luz, iluminar en medio de las tinieblas y de la penumbra del templo avisando a todo el que se acerque que Dios está aquí. Humilde, como es, don Luis busca quien avale con más autoridad su afirmación. Son mil los pasajes bíblicos que relacionan a Dios con la luz e incluso al alma de los seres humanos con la antorcha encendida o con una lámpara: "*la presencia de Dios es para el alma como el resplandor de la luz para los ojos corporales.*" Y qué quiere él para los adoradores sino que sirvamos "*de carbón encendido que inflamase los corazones fieles en el amor hacia el Augusto Sacramento de nuestros altares.*" Ha descubierto la analogía y nos la brinda para que por medio de la oración lleguemos a descubrir el alma de la Adoración Nocturna, su secreto más preciado "*la analogía del alma enamorada del Dios-Hostia, con la lámpara sacramental, que parece ser su dechado, cuando del orden físico se puede inferir para el orden espiritual.*"

Establece la relación mostrando el paralelo que existe entre el cuerpo como realidad material y el alma, como llama que arde encendida por el amor de Dios, fuego que en su calor manifiesta la razón profunda que nos hace mirar fijamente al Amor de todo un Dios, que con corazón humano espera y busca nuestro amor por poquita cosa que sea.

Leamos lentamente y busquemos más que entender, sentir su amor y buscar corresponderle. No temas hablarle como a un amigo, o como a un esposo o como al Rey y Señor de todo lo creado. Cada modo tiene su ocasión. Pídele al Espíritu que te encienda en ansias redentoras, ofreciéndole tu persona y tus obras y suplicándole que seas luz para los que viven cerca de ti, a pesar de sentirte leño verde, poco propicio a ninguna manifestación de afecto, áspero y seco solo para rechazar las ternuras y no para arder en amores. Suplícale que te dé la llama de su amor al mismo tiempo que percibas, no sólo que sepas, que Él nunca dejará de amarnos. Dios con su gracia nos los puede dar cuando quiera. Tampoco amar es sentir. Mira cómo nos lo dice don Luis: *“el amor es una cremación mística, una traslación de vida por la voluntad y el afecto”*. *“Recuerda y se*

compara al adorador nocturno que eleva calladamente su fervorosa plegaria al cielo, encendido su corazón en amor divino y emitiendo ante la presencia real de Jesús humildes preces, que sólo están impregnadas de vida espiritual, cuando la gracia divina, luz de Dios, las anima y hace accesibles a la mirada del Señor”. Es que Dios es Amor y no hay otro camino de perfección que amarle. No es necesaria la lectura completa del texto. Detente en la frase que te inspire, deja que te remueva internamente y salta de tu corazón al suyo. Dialoga en amistad con quien sabemos nos ama.

“La lámpara del santuario, semejante a la luz que resplandece en las tinieblas, fulgura calladamente entre las sombras de la noche enfrente del tabernáculo. El alma justa se compara muchas veces en los Salmos de David a una antorcha encendida por la presencia de Dios. Dios es mi iluminación y mi salud (Deus illuminatio mea, et salus mea) dice el salmo XXVI, 1. Tú enciendes mi lámpara, dice el salmo XVII, 29.

La claridad de Dios la ilumina y su lucerna es el Cordero dice hablando de la gloria en el salmo XII, 4 y repite el Apocalipsis, XXI,

23. *Alumbra mis ojos para que nunca me duerma dice el salmo LXXV, 5.*

El Señor ilumina desde los montes eternos dice el salmo CXXVIII, 12.

Hablando de la venida del Mesías, en fin, dice el salmo XXXIII, 6: La noche se iluminará como el día, acercaos a Él y seréis iluminados.

En todos estos pasajes y en otros de los libros santos el resplandor de la luz significa la presencia de Dios, o mejor la presencia de Dios es para el alma como el resplandor de la luz para los ojos corporales.

Sobre este bello pensamiento venimos a discurrir hoy, por si podemos decir algo que edifique a nuestros lectores y acreciente su devoción.

Dada la indicada analogía del resplandor de la luz con la presencia de Dios en el alma, síguese que el mejor símbolo que se pudo hallar de la presencia real en la Sagrada Eucaristía, es mantener enfrente del tabernáculo una lumbrera, como signo de que allí se hospeda personalmente el Dios vivo. De suerte que la oportunidad del símbolo y el uso de su nombre y de su figura en un escrito, signifique, recuerde y

reclame lo que al sujeto y objeto simbolizado pertenece y conviene.

Nuestra alegoría viene a denotar que, así como la luz del santuario se enciende y mantiene viva para atraer la atención del cristiano a la presencia real, así nosotros quisiéramos que nuestras pobres frases sirvieran de incentivo a la devoción, de llamada a la Adoración, y de carbón encendido que inflamase los corazones fieles en el amor hacia el Augusto Sacramento de nuestros altares.

Acerca de esto mismo, aunque bajo otra forma, hemos escrito tanto en ocasiones iguales a la presente, que tendríamos que repetirnos, si en ello insistiésemos. Mas en este propio simbolismo hay un punto nuevo, que nos hemos propuesto meditar y que invitamos a nuestros amigos a profundizar, a saber: la analogía del alma enamorada del Dios-Hostia, con la lámpara sacramental, que parece ser su dechado, cuando del orden físico se puede inferir para el orden espiritual.

La lámpara, en su parte externa, es un cuerpo suspendido de lo alto y colocado entre el cielo y la tierra. Pende de la bóveda del templo, que semeja al cielo; tiende por su gravedad a la tierra, en la que caería si la cadena o cuerda se

rompiese; en el centro de ese péndulo hay un vaso y en él arde una pequeña luz que sube al cielo, y que cuando se sumerge, se apaga y se muere.

¿Quién no descubre que la lámpara es comparable al hombre, que deriva de Dios por la creación, y su persona se ve como suspendida y atraída a la tierra por su parte corporal y al cielo por su derivación de Dios?

¿Quién no descubre que la pobre lámpara sacramental, afecta una vida, cuya tendencia es a lo más elevado, so pena de apagarse y morir ahogada en el líquido mismo en que sobrenada?

Aun reduciendo la consideración a la luz que despide sus resplandores en el vaso diáfano dentro de la lámpara, el modo de vida de aquella lucerna, haciendo su pábilo de un objeto relativamente incombustible, recuerda y se compara al adorador nocturno que eleva calladamente su fervorosa plegaria al cielo, encendido su corazón en amor divino y emitiendo ante la presencia real de Jesús humildes preces, que sólo están impregnadas de vida espiritual, cuando la gracia divina, luz de Dios, las anima y hace accesibles a la mirada del Señor. Ahondando más el estudio, adverti-

mos que la vida humana, no sólo se asimila metafóricamente a la luz, sino que supone una doble combustión en los pulmones para la vida animal y en el corazón para la vida moral y espiritual, pues la vida moral es amor e inmolación que hacemos de nuestro ser al objeto o sujeto de nuestro afecto rey, en términos que se puede decir que el hombre vive más en donde ama que en donde anima, y el amor es una cremación mística, una traslación de vida por la voluntad y el afecto.

Esto es tan exacto en el orden espiritual, que pudo decir san Agustín, recordando sin duda que al objeto de su voluntad y afecto se transfiere el hombre: Si amas tierra, eres tierra; si amas a Dios ¿qué diré? pues que eres Dios. No hay por tanto grande distancia, antes bien hay casi semejanza, metafóricamente hablando, de la cremación de la vida a la cremación de la luz y de ésta al verse significada por aquélla, o aquélla al decirse simbolizada por ésta; puesto que la vida es doble combustión en lo físico y en lo moral, y para representarse por la luz encendida, el hombre vivo, o el corazón amante, no hay que sacrificar mucho, ni menos violentar el lenguaje simbólico, como quiera que, por otra parte, el hombre y la luz alientan y se alimentan, se nu-

tren y viven aspirando oxígeno: al punto de acabarse su vida, si no están rodeados de bastante aire, digámoslo así.

Aplicando pues, el símil, el alma devota del Augusto Sacramento, y señaladamente el adorador nocturno, deben tomar por modelo ejemplar la luz que arde en la lámpara del santuario, nutriéndose y alimentándose del oxígeno de la gracia, aspirando siempre al cielo y fundiendo sus preces en el horno incandescente del amor, que irradia

y se comunica del hogar del Corazón de Jesús, para que inflamada el alma en el amor que Jesucristo vino a traer a la tierra, opere la vida de sacrificio que afecta la cremación y se consume y desfallezca, como dice san Buenaventura, en los atrios del Señor, y desee consumirse, y disolverse, y morir de amor a sus pies, una vez traspasadas las entrañas y los ocultos senos del corazón con el dardo suavísimo y salubérrimo de la transverberación”.

PREGUNTAS

1ª.- Por qué resulta evidente de la mano de don Luis la relación entre el alma y la Lámparilla que ilumina el Sagrario? ¿Qué podría impedir que la luz siguiera iluminando? Examina para despertar nuestro dolor o compunción?

2ª.- Por qué san Agustín nos enseña “*Si amas tierra, eres tierra; si amas a Dios ¿qué diré? pues que eres Dios.*” Don Luis afirma: se puede decir que el hombre vive más en donde ama que en donde anima. Importancia del amor: dime qué amas y te diré quién eres.

3ª.- Si en vez de realizar la meditación sobre la lámparilla del sagrario y el alma de un adorador, te fijaras por tu cuenta en la puerta del sagrario ¿Qué ideas te sugiere una puerta tras la que se encuentra el Señor? ¿Puedes abrir o cerrar la puerta, sólo con deseárselo, aún cuando no esté expuesto? Cerrar y abrir tu corazón, traspasar las paredes materiales con tu fe y llegar hasta el sagrario, por distancia material interpuesta que exista, con solo tu amor. Meditar es una senda que va de tu corazón al del Señor.

MEDITACIÓN SOBRE LA SANTA MISA**1º. CONSIDERACIONES PREVIAS**

La celebración eucarística, nuestra santa misa, es la oración más perfecta y sublime de la Iglesia, alma de toda espiritualidad y el tesoro más preciado para cualquier adorador eucarístico. En el esquema de toda vigilia la santa misa ocupa el centro en torno al cual se distribuyen las distintas partes del ritual. Las dificultades de los tiempos a veces no nos permiten su celebración pero en el corazón, cada miembro debe tener muy en cuenta que la vigilia se convierte en el desarrollo de la última misa a la que pudimos asistir. La fuente de la adoración es el sacrificio eucarístico. Hoy os propongo hacer oración meditativa sobre el prodigio sobrecogedor que tiene lugar en cualquier misa. Lo que hicimos contemplando la lamparilla del sagrario os propongo hacerlo con la misa, contemplándola para que luego la podamos vivir con mayor entrega y gozo.

No os habla un teólogo, sino un creyente, un adorador nocturno, uno más que se sienta en los ban-

cos de la iglesia mirando al altar, junto a vosotros.

La misa es un prodigio, más sobrecogedor que la Creación del Universo y más sorprendente que la separación de las aguas del mar Rojo para que pudiera pasar a pie enjuto el pueblo judío para librarse del Faraón. Si alguien nos dijera id a la plaza que veréis licuarse la sangre de san Pantaleón o como los 70.000 que asistieron en Fátima a la danza del sol. En la misa para la mirada de un creyente es Dios mismo el que acampa entre nosotros. La misa es una teofanía, una manifestación de Dios, en la que no sólo nos reunimos en asamblea como pueblo en torno del altar o frente al altar, presididos por el sacerdote, para alabar y pedir suplicantes al Señor, sino que levantamos los ojos hacia lo alto, porque Dios mismo desciende desde el cielo, como Trinidad Santísima y se queda entre nosotros.

Recuerdo el bien que me hicieron las palabras de Benedicto XVI

pronunciadas en la clausura del Congreso eucarístico celebrado en Bari el 25 de junio de 2005, recién estrenado su pontificado:

“Este Congreso Eucarístico, que hoy llega a su conclusión, ha querido volver a presentar el domingo como «Pascua semanal», expresión de la identidad de la comunidad cristiana y centro de su vida y de su misión. El tema escogido, «Sin el domingo no podemos vivir», nos remonta al año 304, cuando el emperador Diocleciano prohibió a los cristianos, so pena de muerte, poseer las Escrituras, reunirse el domingo para celebrar la Eucaristía y construir lugares para sus asambleas. En Abitene, pequeña localidad en lo que hoy es Túnez, en un domingo se sorprendió a 49 cristianos que, reunidos en la casa de Octavio Félix, celebraban la Eucaristía, desafiando las prohibiciones imperiales. Arrestados, fueron llevados a Cartago para ser interrogados por el procónsul Anulino.

En particular, fue significativa la respuesta que ofreció Emérito al procónsul, tras preguntarle por qué habían violado la orden del emperador. Le dijo: «Sine dominico non possumus», sin reunirnos en asamblea el domingo para celebrar la Eucaristía no podemos vivir. Nos

faltarían las fuerzas para afrontar las dificultades cotidianas y no sucumbir. Después de atroces torturas, los 49 mártires de Abitene fueron asesinados.

Tenemos que reflexionar también nosotros, cristianos del siglo XXI, sobre la experiencia de los mártires de Abitene. Tampoco es fácil para nosotros vivir como cristianos. Desde un punto de vista espiritual, el mundo en el que nos encontramos, caracterizado con frecuencia por el consumismo desenfrenado, por la indiferencia religiosa, por el secularismo cerrado a la trascendencia.”

Las tres partes fundamentales de la misa: La celebración de la palabra; el sacrificio eucarístico y el banquete o comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo. Tres grandes signos centran las tres partes: el ambón, el altar, ara del sacrificio y el altar mesa del banquete. Sobre estos tres signos se hace presente Dios, por medio de la Palabra: la revelación y la tradición. Se reproduce el sacrificio del cordero pascual, Cristo inmolado; y nos deificamos, mediante la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo, como prenda de la vida eterna: el que coma de este pan no morirá para siempre.

Nuestra liturgia, la romana, es muy simple y directa: participamos con gestos corporales que se convierten en signos y en símbolos; pero el protagonista es la palabra, la palabra directa. Es rasgo distintivo de la liturgia romana la simplicidad de la forma, parca en gestualidad y centrada en la precisión de la palabra. El ritual es más complejo en las misas que llamamos solemnes y que antiguamente denominábamos la misa mayor. Pero en nuestras misas diarias e incluso en las dominicales, frente a la exuberancia oriental, predomina la parquedad o si prefieren la sobriedad.

Es un prodigio de claridad el texto ordinario, que con nitidez rotunda proclama en cada momento la parte del misterio que vamos a celebrar; pero al mismo tiempo tiene en cuenta la totalidad como si de una sinfonía se tratase.

Nuestros templos son la casa de Dios. ¿Qué son las grandes catedrales góticas o las solemnes iglesias barrocas, sino espacios adecuados que desde nuestra condición de hombres, nos parecen dignos para acoger a la divinidad? ¿Qué es la Sagrada Familia de Gaudí, por ejemplo, sino el espacio que hace visible la invisibilidad de Dios?

APRENDAMOS A MIRAR PARA APRENDER A ORAR

Abrimos la celebración con la señal del cristiano. Escuchamos al celebrante que nos invita a que todo lo que va a suceder sea *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, al mismo tiempo que hacemos la señal de la cruz, en la frente, en el pecho y en los hombros.

En un signo tan sencillo adelantamos o resumimos el misterio que vamos a celebrar. ¿De dónde nos viene que podamos dirigirnos a Dios, como si fuera uno más de nuestra familia, sino de la cruz redentora, la señal del cristiano, la que

nos alcanzó ser hijos de Dios, al que podemos llamar Padre, precisamente por la Cruz de Cristo. Por la santa Cruz de Cristo podemos ofrecernos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, siempre y en todo lugar. Y por ella podemos celebrar estos sagrados misterios.

A continuación el celebrante nos recuerda la necesidad del perdón. Antes de celebrar estos sagrados misterios... reconozcamos nuestros pecados. ¿No hubiera sido más lógico que se comenzara por un sermón que encendiese en remor-

dimientos nuestra condición pecadora?

Pues no. Algo tan directo nos está recordando que no podremos entender el misterio que vamos a celebrar si no nos acercamos desde la humildad. ¿No nos enseñó el Señor: *«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor»?*

Para acercarnos a la celebración de los santos misterios es necesario que tomemos la actitud interior de los niños, de lo contrario no podremos ni entrar ni acercarnos al reino de los cielos.

Y para que no pase inadvertido, la liturgia, entre diversas fórmulas, nos ofrece la posibilidad de repetir dos veces consecutivas la súplica del perdón, en el “yo pecador” y en el Kyrie.

No vamos a detenernos ni en la antifona de entrada ni en la oración de colecta, a pesar de que señalan desde el principio el objetivo e intención específica de la celebración. Durante la semana, las misas ordinarias nos recuerdan, en los santos o en las celebraciones votivas a la Santísima Virgen, o en las fiestas

conmemorativas de una efeméride eclesial, los frutos de la redención. Nosotros ahora sólo tenemos en cuenta la misa del domingo, centrada en la muerte y la resurrección del señor.

Entremos directamente a la liturgia de la palabra. Estamos ante el misterio de la Revelación. Primero por medio de fragmentos del Antiguo testamento o de los escritos de los apóstoles –cartas, hechos de los apóstoles y Apocalipsis-; los salmos, en segundo lugar; y en tercer lugar, la lectura de los Evangelios.

Distingue nuestra liturgia las dos etapas de la Revelación, primero Dios habló al mundo por los profetas, después lo hizo por medio de su Hijo, en quien se recapitula toda la revelación. En la primera lectura se nos advierte que es Palabra de Dios y contestamos Te alabamos Señor. Intervenimos en el salmo repitiendo la antifona o estribillo. Y en ambas lecturas permanecemos sentados. En la tercera, nos ponemos en pie, porque vamos a escuchar directamente las palabras de Jesús, es reverencia y signo de escucha activa, no sólo de aprendizaje, sino de disposición para actuar. El lector pronuncia: Palabra del Señor; y el pueblo responde: Gloria a ti Señor Jesús.

No se puede decir sin más que la Iglesia Católica ha descuidado la lectura de la Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento. A lo largo del año litúrgico se da lectura a los textos más significativos del Antiguo Testamento, se leen todos los Salmos, y durante los tres ciclos en que se organiza el Nuevo Testamento, se leen íntegramente los cuatro Evangelios.

Quizás más que leer o no leer, nuestro problema sea la escasa atención y menor retención de lo escuchado. Qué importante es ir a misa habiendo leído al menos el evangelio del día. Adquiramos el hábito de leer previamente las lecturas del día. Existen hoy, al alcance de la mayoría, modos para hacerlo sin demasiado esfuerzo. A mí me ha hecho un bien enorme, la lectura del Magnificat, no sólo para entrar en la

costumbre del rezo de las horas, sino para seguir la misa con atención y devoción.

En la asamblea, en la que estamos reunidos en su nombre, Jesús está presente. Él que es la palabra encarnada se convierte en palabra viva, tan real como luego se hará presente en el Pan y en el vino. También la Palabra es misterio de nuestra fe.

Otro momento clave de la palabra: la homilía. Si las lecturas recogen la Revelación escrita, la homilía representa el otro momento del depósito de la fe. La tradición. La homilía no es el tiempo de un orador, sino del representante de la Iglesia que enseña a interpretar lo leído conforme a la doctrina de los santos padres, el magisterio de la Iglesia y la actualidad de la vida, escritos o milagros de los santos.

PREGUNTAS

1ª.- ¿Podríamos confesar públicamente, como los mártires de Abitene, que sin la celebración eucarística, al menos dominical, no podríamos vivir? Cuando se oye decir que la misa es aburrida ¿No será que no se tiene en cuenta el misterio que vamos a celebrar; que nos quedamos en la forma o rito externo y no vivimos en el alma el misterio que está sucediendo en el altar?

2ª.- ¿Por qué la liturgia romana de la misa, después de la señal de la cruz, nos invita a reconocernos pecadores? Además de la sencillez de co-

razón para acercarnos al misterio ¿No nos estará recordando nuestra condición pecadora para poder agradecer la redención que por cada uno de nosotros, Jesucristo realiza en cada sacrificio eucarístico?

3ª.- ¿Por qué la homilía no debe ser la ocasión de simple lucimiento del orador o sabio de turno, sino la del delegado por la Iglesia para interpretar con autoridad el depósito de la Fe, recogido en las Sagradas Escrituras y en la Tradición?

TEMA DE REFLEXIÓN

Septiembre

LA MISA 2

SIEMPRE Y EN TODO LUGAR

Además de los salmos de alabanza, dos himnos acompañan la historia de la Iglesia: el *Te Deum laudamus* y el *Gloria in excelsis Deo*. El primero suele ser entonado en momentos de celebración. El himno continúa siendo regularmente utilizado por la Iglesia católica, en el Oficio de las Lecturas encuadrado en la Liturgia de las Horas. También se suele entonar en las misas celebradas en ocasiones especiales, como en las ceremonias de canonización, la ordenación de presbíteros, proclamaciones reales, etc. Los cardenales lo entonan tras la elección de un papa. Posteriormente, los fieles de todo el mundo para agradecer por el nuevo papa, se canta este himno en las catedrales.

El segundo, el gloria, protagoniza la alabanza, como una explosión de sentimientos, en la liturgia de la palabra. Es una alabanza trinitaria, que proclama el creyente, exultante de gozo, por eso le desbordan las palabras que brotan incontinentes de su boca "*te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias*", al Padre, Rey celestial y todopoderoso; al Hijo único Jesucristo, al que le cantamos su peculiar grandeza y le pedimos piedad, oído a nuestras súplicas y una vez más piedad porque Él nos quita el pecado del mundo. Y al final una apoteosis triunfal, en que Cristo, en unión con el Espíritu Santo, se manifiesta lleno de gloria y Majestad como lo vio el pro-

tomártir, san Esteban, sentado en la Gloria del Padre

Cuando medito en este asombroso himno recuerdo la expresión con que iniciamos la plegaria eucarística: *“En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar”*. Efectivamente este himno expresa lo que en deber de justicia mediante la virtud de la piedad, debiéramos proclamar en todo lugar, no sólo en la iglesia, sino en el monte, en los caminos, en la cocina, al amanecer y al atardecer, porque es de justicia por eso es nuestro deber; pero es además necesario para nuestra salvación. El gloria es un himno que desde la fe ha de proclamar el creyente en todo tiempo y lugar y os diría que sería el himno de toda persona de buena voluntad. Así comienza el himno: *“Gloria a Dios en el cielo y Paz para los hombres de buena voluntad”*.

Pero además, teniendo en cuenta la totalidad del texto de la misa, se me convierte en contrapunto significativo, pues aquí alabamos directa y personalmente a Dios. Permitidme que os lo diga así: para entonar el gloria no necesitaríamos estar en el templo. Sin duda supone una explosión de entusiasmo al Dios que nos va a hablar en la liturgia de

la palabra. Pero el todavía más, lo sublime de la celebración eucarística es el sacrificio que ofrecemos al Padre en unidad con el Espíritu Santo, no en palabras y deseos, sino en obras: el cordero pascual inmolado, se lo ofrecemos al Padre, unidos a Cristo, agarrados fuertemente a su ofrenda pascual. ¡Es asombroso! Para celebrar la eucaristía necesitamos el templo y el altar. Es la oración sublime de la Iglesia. Además de alabarle en todo tiempo y lugar.

El Credo cierra la liturgia de la palabra con la proclamación de nuestra fe. No es un himno, sino una confesión pública del contenido total de lo que creemos. Es una oración. En tiempos de zozobra o penumbra es una manera oportuna de confirmarnos todos los presentes en la fe de la Iglesia, proclamada ante la asamblea, pero recitada en presencia de Dios. No digo que es un juramento, pero sí una proclamación solemne, que no pronunciamos a humo de pajas ni como quien oye llover. Ahí están todos los misterios de nuestra fe, todos, incluidos los que asaltan desde el asedio del mundo, nuestras zozobras y vacilaciones. Por ello es tan importante pronunciarlo consciente y libremente como antídoto contra las acechanzas del maligno. Por ejemplo, los católicos creemos en la vida eterna

y muchas personas todavía en nuestro entorno tienen una idea, aunque borrosa de la vida más allá de la muerte. Pero es difícil encontrar personas que crean en la resurrección de la carne, en que un día los cuerpos que enterramos en debilidad, volverán a surgir de las tumbas a la vida nueva que nos prometió

Jesucristo. Y no lo sabemos por argumentos racionales, sino porque creemos en las promesas de Jesucristo, el Verbo de Dios. Cada época ha planteado sus dudas y a cada época ha respondido con firmeza la Iglesia, repitiendo el depósito de la Fe, recibido por medio de los Apóstoles.

2ª PARTE EL SACRIFICIO O PLEGARIA EUCARÍSTICA

El centro de nuestra celebración es el altar, no el escenario ni siquiera el proscenio, sino el ara o piedra sobre la que se va a realizar el sacrificio, siempre incrustadas reliquias de algún mártir; y como segundo elemento indispensable, durante toda la celebración, pero en especial en la liturgia eucarística, la imagen visible de Cristo crucificado.

Se ha comparado la celebración eucarística con el género dramático. Sin duda, hay un escenario donde va a tener lugar la representación, el altar; y un actor, el sacerdote, que en nombre de Cristo, va a presentar ante la asamblea la muerte y resurrección del Señor. No se trata de un monólogo en el que en voz alta se comunica el contenido de la celebración. Se trata de un diálogo, a veces con los fieles que responden a sus propuestas; pero siempre, siempre es un diálogo con

Dios, el Padre bueno al que dirigimos nuestras alabanzas y súplicas. Sin embargo, no se trata de una representación escénica en que se nos cuenta o evoca algo. Se trata de una presentación en vivo y en directo en que, ante nuestros ojos y oídos, vuelve a acontecer el sacrificio, muerte y resurrección de Cristo en la Cruz, como ofrenda al Padre. No se evoca un acontecimiento pasado. En la representación eucarística vuelve a tener lugar el drama de la cruz.

En esta segunda parte nos acercamos, como en las celebraciones de la sinagoga al momento en que el sumo sacerdote entraba en el santa sanctorum, con la diferencia de que en la liturgia romana toda la asamblea asiste y contempla el misterio que estamos celebrando. No entra el celebrante a un lugar escondido ni las cortinas ocultan la presencia de la divinidad. A la vista y

oído de todos vamos a ser testigos desde la fe del sacramento de expiación y redención al que vamos a asistir; vamos a recordar el memorial de la muerte y resurrección de Cristo de manera real, aunque incruenta, ofrecida al Padre bajo el soplo del Espíritu Santo para restaurar la alianza rota por el pecado de los hombres.

Tres secuencias distribuyen esta segunda parte: la ofrenda, el prefacio, y la plegaria eucarística, dividida a su vez en dos partes, la consagración o sacrificio y la solemne oración, ante Cristo crucificado, dirigida al Padre. Sobre tres pilares se sustenta la organización de la Liturgia Eucarística, tres momentos en clímax ascendente en que el celebrante eleva el cáliz y el pan, primero como ofrenda; segundo, como víctima sacrificada presente en la hostia y en el vino, expresión del misterio de nuestra fe; y en el tercero, la oración eucarística se cierra con la doxología: «Por Cristo, con Él y en Él...», con la que expresa el celebrante solemnemente la glorificación de Dios. Todo lo demás es la palabra, degustada interiormente en nuestro corazón.

Como en una sinfonía, la palabra es cambiante y transformadora. Se dirige siempre al Padre, en

presencia del Espíritu y espera al Hijo, que desde el cielo ha de bajar al altar, como decimos en el santus, bendito el que viene en nombre del Señor. Bendecimos a Dios, Señor del universo, en el ofrecimiento del pan y del vino, lo volvemos a glorificar en el santus como Dios y Señor del universo y conscientes de que el prodigio, que va a tener lugar, nos es concedido de lo alto, le suplicamos al Señor, fuente de toda santidad, que santifiques estos dones con la efusión del Espíritu Santo, de manera que sean para nosotros Cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro Señor.

Esto surge desde la voz de alabanza y súplica de toda la Iglesia, como en preparación del momento sublime concedido sólo y directamente por el Señor, cuando mandó en la última cena a sus discípulos: Haced esto en memoria mía. Y es en ese momento cuando el sacerdote con su voz de hombre, da lugar a que sea el mismo Cristo quien pronuncie las palabras del sacramento que convierten realmente el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor, según el rito de Melquisedec, en que el pan y el vino sule a todos los animales del sacrificio, y se transforma en el único cordero pascual que quita el pecado del mundo.

Éste es el misterio de nuestra fe, esto es lo que se ha ocultado a los sabios y entendidos y se lo ha revelado a los pequeños y humildes. No hay palabras, ni culto que con tanta sencillez no sólo aplaque a Dios, sino que nos eleve a hijos y herederos del Padre.

Hemos pasado de la alabanza humana a la vivencia misteriosa

del sacramento, sin espasmos, ni estridencias, desde la gozosa experiencia del corazón. El cielo ha abierto su morada y ha acampado en medio de nosotros. Por eso, sin el domingo no podemos vivir. Sublime belleza, sublime verdad, sublime bien.

PREGUNTAS

1ª. ¿Qué diferencia la espléndida alabanza a Dios que proclamamos en el gloria y la que realizamos en la plegaria eucarística? Por qué la Iglesia limita el gloria a determinados domingos del calendario litúrgico y a fiestas de especial solemnidad? ¿Será para resaltar lo importante e imprescindible?

2ª. ¿Por qué el sacerdote levanta el cáliz y la Hostia en tres ocasiones invocando a Dios Padre? Mientras que la cuarta vez, en el rito de la comunión, se invoca a Jesucristo, como Cordero de Dios?

3ª. El sacerdocio ministerial tiene dos dones que elevan su vocación a elección sagrada: Poder de perdonar los pecados y el poder de transformar el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre del Señor. ¿Por qué el sacerdote no se reduce a un actor escénico que sólo mientras actúa posee el don, sino que imprime en su persona un carácter que le convierte en otro Cristo?

Necrológica

+ **Dª. Milagros Díez Llanos**, adoradora del turno 12, hermana de Isabel y madre de Mª Amor del mismo turno.

+ **D. José Ramón Diego** adorador del turno 8º.

+ **D. Antonio Odriozola Argos**. Fue Presidente diocesano entre 2000 y 2004.

"Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente" (Mt 10,8), dice Jesús. En estas palabras está el secreto de la evangelización, que es comunicar el Evangelio en el estilo del Evangelio, es decir, la gratuidad: la gratuidad, sin negocio. Gratuidad. La alegría del don recibido por puro amor se comunica con amor. Gratuidad y amor. Sólo quien ha experimentado tal alegría puede comunicarla, es más, no puede no comunicarla, porque "el bien siempre tiende a comunicarse...Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla. (Evangelii gaudium, 9)".

(Francisco, 27/11/2014).

"La oración y la meditación son el alma de la adoración a Dios en espíritu y en verdad, y lo mejor de ese acto espiritual es la súplica por todos los hombres,...cooperando a la salvación del mundo pecador".

(Luis de Trelles, fundador de la Adoración Nocturna).

- "Lo que cumple hacer en esta guardia nocturna que hacemos al Santísimo Sacramento, velar por los que descansan para que el Señor los defienda de todo mal... y orando de esta suerte pedimos también implícitamente por nosotros mismos y por nuestra santificación".

(Luis de Trelles, fundador de la Adoración Nocturna).

MÁS INFORMACIÓN EN WWW.ANESANTANDER.ORG

Consulta las vigiliass en la Diócesis en este enlace:

www.anesantander.org/vigilias2.html

Consulta los eventos de la Adoración Nocturna Española nuestros y de toda España en este otro enlace:

www.anesantander.org/2019/noticias-2019.html